

CAPITULO XXX.

ENRIQUE IV. (el Impotente) EN CASTILLA.

De 1454 á 1475.

Sus primeros actos.—Rasgos de clemencia.—Paz con el rey de Navarra.—Pomposas, pero ineficaces campañas contra los moros: muestras de debilidad en el rey: disgusto de los capitanes.—Matrimonio del rey con doña Juana de Portugal.—Amores de don Enrique con una dama de la corte.—La reina y don Beltran de la Cueva.—Paso de armas de Madrid.—Conducta del rey: resentimiento de los grandes.—Don Juan Pacheco, marqués de Villena: don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo.—Confederacion de los grandes contra el rey.—Ofrécenle los catalanes la corona del principado: el rey los abandona.—Vistas de Enrique IV. de Castilla y Luis XI. de Francia: circunstancias notables: tratado del Bidasoa: enojo y resolución de los catalanes.—Nacimiento de la princesa doña Juana: por qué la denominaron *la Beltraneja*.—Favor y engrandecimiento de don Beltran de la Cueva.—Audacia de los magnates: atentados contra el rey: peligros de éste: falsa política del marqués de Villena.—Manifiesto de los conjurados al rey: debilidad de Enrique: transacciones: junta en Medina del Campo: célebre sentencia.—Afrentosa ceremonia y destronamiento del rey en Avila: proclamacion del príncipe don Alfonso: dos reyes en Castilla: guerra civil: escena dramática y burlesca en Simancas.—Proyecto de casar á la princesa Isabel con el maestre de Calatrava: muerte repentina de éste.—Batalla de Olmedo entre los dos reyes hermanos.—Fallecimiento del príncipe-rey don Alfonso.—Los confederados ofrecen la corona á Isabel: no la admite.—Isabel es reconocida heredera del reino: vistas y tratados de los Toros de Guisando.—Pretendientes á la mano de la princesa Isabel: decídese ella por don Fernando de Aragon.—Dificultades que se oponen á este matrimonio: cómo se fueron venciendo: interesante situacion.

de los dos novios: realizase el enlace.—Enojo del rey y de los partidarios de la Beltraneja.—Revoca don Enrique el tratado de los Toros de Guisando, y deshereda á Isabel.—Conducta de ésta y de Fernando su esposo.—Reconciliacion del rey y los príncipes.—Túrbase de nuevo la concordia.—Muerte de don Juan Pacheco, gran maestre de Santiago.—Muerte de don Enrique.—Carácter de este monarca.

La situacion poco lisonjera en que don Juan II. de Castilla habia dejado el reino á su muerte (21 de junio, 1454) hizo que se proclamara con gusto, y hasta con entusiasmo en Valladolid á su hijo don Enrique, cuarto de los monarcas castellanos de este nombre; así por la esperanza de mejorar de condicion que suelen concebir los pueblos cuando despues de un reinado turbulento y desastroso ven pasar el cetro á otras manos, como por el carácter afable, franco y benigno del nuevo rey. A inexperiencia de la edad y á debilidades de la juventud atribuian ó se hacian la ilusion de atribuir sus anteriores faltas los que se acordaban de las rebeliones de don Enrique contra su padre, de su conducta con doña Blanca de Navarra su esposa, y de otros desfavorables antecedentes de su vida cuando era sólo príncipe primogénito. Veremos si se equivocaron los que esperaban un porvenir mas risueño fundados en la índole y cualidades del monarca.

Sus primeros actos no desmintieron aquellas esperanzas. Espontáneamente y por un rasgo de benignidad y de clemencia mandó sacar de la prision á los

condes de Alba y de Treviño y á otros caballeros que se hallaban presos por las anteriores rebeliones, y que les fuesen restituidas sus tierras y bienes. Confirmó en sus empleos á los oficiales de su padre; renovó la antigua amistad de Castilla con Carlos VII. de Francia, que acababa de libertar aquel reino del yugo de la Inglaterra, y llevó á cabo los tratos de paz que su padre habia dejado pendientes con el rey don Juan de Navarra. Concertóse esta paz por mediación de su tía la reina de Aragon, esposa de Alfonso V., interviniendo tambien el Justicia de Aragon, el almirante don Fadrique y el marques de Villena, mayor-domo mayor del rey. Por este convenio el rey don Juan de Navarra, su hijo natural don Alfonso, que se decia maestre de Calatrava, el infante de Aragon don Enrique su hermano, todos renunciaban las villas, fortalezas y lugares que tenian en Castilla, manantial perenne de las revueltas y disturbios entre los soberanos y príncipes de los tres reinos que largamente hemos referido, recibiendo en cambio algunos cuentos de maravedís anuales por juro de heredad sobre las ciudades y rentas de la corona castellana. Exceptuábase de esta renuncia la fuerte villa de Atienza, por pertenecer á la dote de la reina de Navarra, doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla. El almirante y los demas nobles y caballeros castellanos, que andaban desterrados y tenian confiscados sus bienes por haber hecho causa comun con el rey de Na-

varra y los infantes de Aragon contra don Juan II., padre de don Enrique, eran repuestos en sus empleos y señoríos, y volvian libremente á Castilla. Esta paz, ó mas bien prolongacion de treguas que confirmó el rey de Aragon y de Nápoles Alfonso V., vino á reducirse á un contrato de compra y venta de villas y lugares entre los reyes de Castilla y de Navarra, y á la restitucion de sus dominios y empleos á los magnates rebeldes que tantos sinsabores habian dado á don Juan II. (1).

Puesto de esta manera Enrique IV. en posesion de todas las ciudades y villas de su reino, quiso hacer una manifestacion de su poder y grandeza, y congregando córtes generales en Cuellar, espúsoles su pensamiento y determinada voluntad de renovar la guerra contra los moros de Granada. Contestó por todos aprobando su resolucion don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares. En su virtud, dejando el rey por gobernador del reino en Valladolid al arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y á don Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro, partió para Andalucía en la inmediata primavera (abril, 1445) con poderoso ejército de á pie y de á caballo. Lo notable de este ejército era una hueste de tres mil seiscientas lanzas, especie de guardia

(1) Las negociaciones que mediaron para esta paz, y el pormenor de sus condiciones se hallan mas estensamente referidas en el lib. XVI. de los Anales de Zurita, que en las dos crónicas de Enrique IV.

real, magníficamente equipada y pagada por el rey, mandada por los jóvenes de la primera nobleza y destinada á acompañar de continuo la persona real, de lo cual se denominaron *continuos ó continuos del rey*, que era su primer gefe, y algunos consideran como la primera creacion de un ejército permanente (1). Llevaba consigo don Enrique á esta campaña toda la nobleza del reino, de que eran representantes los personajes siguientes, que nos importa conocer para la historia sucesiva de este reinado: don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla ~~con otros prelados~~; el almirante don Fadrique Enriquez, tio del rey (nuevamente venido del destierro, de resultas de la paz con el rey de Navarra), don Juan de Guzman, duque de Medinasidonia, el marqués de Santillana con sus hijos, don Juan Pacheco, marqués de Villena (el gran privado del rey), su hermano don Pedro Giron maestre de Calatrava, los condes de Plasencia, de Benavente, de Arcos, de Santisteban, de Alba de Liste, de Valencia, de Cabra, de Castañeda, de Osorno, de Paredes, de Almazan, y otros nobles y caballeros de estado, los mas de ellos capitanes de á quinientos, hombres de armas ó ginetes. Habia hecho el rey grabar sobre

(1) Enriquez del Castillo, Crónica del rey don Enrique IV. cap. 40.—Ya don Juan II. habia tenido mil lanzas que debian acompañarle de continuo, y don Alvaro de Luna tuvo tambien á su servicio una compañía de

ciento, que se llamó la *Compañía de los cien continos*, siendo capitanes natos de ella los descendientes de aquel privado, si bien aquella decayó pronto de su primitivo objeto.

su escudo la divisa de una granada abierta, símbolo de su futura conquista.

No correspondió sin embargo esta campaña á la grandeza y lujo de su aparato. Llegó este gran ejército á la vega de Granada (1): mas, bien fuese que el rey se propusiera ir devastando aquella rica campiña para reducir á los moros por falta de mantenimientos, bien que quisiera economizar demasiado la sangre de sus soldados, dió orden á sus capitanes para que evitáran todo encuentro con los enemigos. Disgustó esta conducta á algunos de los nobles, en términos que proyectaron apoderarse de la persona misma del rey, contándose entre estos el maestre de Calatrava don Pedro Giron (hermano del marqués de Villena), y los condes de Alba y de Paredes, y hubiéranlo realizado, si advertido el rey por un hijo del marqués de Santillana del peligro que corria no se hubiera retirado á Córdoba, y de allí á Madrid. ¡Tan pronto perdió Enrique IV. el prestigio con que habia subido al trono! Mas no por eso renunció el rey á repetir estas expediciones en cada primavera, despues de pasar los inviernos en Madrid y sus cercanías, distraido en monterías y partidas de caza, su recreo y diversion favorita. En abril del año siguiente (1456) volvió con su ejército á recorrer las tierras de Lora, Antequera y Archidona: avanzó hasta cerca de Málaga, pero con-

(1) Al final del reinado de don Juan II. puede ver el lector la situacion en que á esta época se hallaba el reino granadino.

tentóse también con talar é incendiar algunos pequeños lugares. En vano sus capitanes ansiaban ganar fama y prez con alguna empresa hazañosa: el sistema del rey era que la vida de los hombres no tenia precio, y que por lo tanto no debia en manera alguna consentir que la aventuráran en batallas, combates, ni aun escaramuzas: táctica singular en quien se presentaba con ínfulas de arrojar los moros de España, y que le atraia el menosprecio y le ponía en ridículo para con sus mismos caudillos y capitanes. Merced al espontáneo arrojó de algunos jóvenes caballeros, habiendo vuelto al otro año (1454) ~~en un combate~~ Granada, como hubiese muerto en un encuentro que aquellos tuvieron con los moros el esforzado Garcilaso de la Vega, se irritó algun tanto el rey, mandó talar las mieses, viñas, olivares y plantíos, se tomó á fuerza de armas la villa y fortaleza de Gimena, y obligó al emir Aben Ismail á pedirle treguas, que obtuvo á costa de un tributo de doce mil doblas anuales y del rescate de seiscientos cautivos cristianos. Mas ni se alcanzó triunfo alguno señalado, ni se ganó plaza alguna importante, y aquellas ruidosas campañas se reducian á vanos y ostentosos alardes, en que se gastaban sumas inmensas, y en que bajo el especioso pretexto de economizar las vidas de sus súbditos ponía de manifiesto su medrosa política, y escitaba en sus mismas tropas la murmuracion, y en los grandes el desprecio y hasta la burla.

En este intermedio, ansioso el rey don Enrique de tener sucesion, y tal vez con el afan de desmentir la fama y nota de impotente que desde su primer matrimonio con doña Blanca de Navarra habia cundido por el pueblo, procuró contraer segundo enlace, y solicitó la mano de la jóven princesa doña Juana de Portugal, hermana del monarca allí reinante, Alfonso V., princesa dotada de gran viveza de espíritu y de todas las gracias de la juventud, que hacia por su hermosura las delicias de la córte de aquel reino. Obtenido su consentimiento y el de su hermano, y hechas las capitulaciones, en que ~~estaba~~ el dote que el rey le señaló, que consistia en las villas de Ciudad-Real y Olmedo y en millon y medio de maravedís de moneda corriente, fué traída la nueva reina á Castilla, saliendo á recibirla á Badajoz de orden del rey el duque de Medinasidonia con lucida y numerosa comitiva de caballeros. Llevada á Córdoba, donde el rey don Enrique se hallaba, se celebraron los desposorios (mayo, 1455), pasando luego á Sevilla, donde hubo fiestas de cañas, justas, toros, y un torneo de cincuenta por cincuenta, de que fueron gefes el duque de Medinasidonia y el marqués de Villena (1). Traia consigo la reina doña Juana una brillante córte de damas y don-

(1) Sousa, Pruebas de la Casa Real de Portugal, t. I.—Alonso de Palencia, Crón. M. S. partal.—Florez, Reinas Católicas, t. II. p. 760.—Castillo, Crón. cap. 43 y

44.—Este cronista difiere erradamente este segundo matrimonio de don Enrique hasta el año cuarto de su reinado.

cellas portuguesas, á quienes el rey se obligó á atender segun su clase.

Deseoso don Enrique de festejar á su esposa, trájola á Madrid y Segovia, sitios de su preferencia, donde los reyes y la corte pasaban alegre y dulcemente el tiempo en fiestas y banquetes, en que todos lucian sus galas, y gastaban con una esplendidez maravillosa, que pronto habia de dar al traste con todas las rentas del reino. El lujo y la galantería de aquella corte sibarita se estendia hasta á la respetable clase de los prelados, y el de Sevilla, don Alonso de Fonseca, una noche despues de la cena ~~trajo~~ y la jactancia de presentar en la mesa dos bandejas cubiertas de anillos de oro guarnecidos de piedras preciosas, para que la reina y sus damas tomáran el que fuese mas de su gusto ⁽¹⁾. El rey don Enrique que habia gastado su juventud entregado á la disolucion y á los placeres sensuales, no renunció con el nuevo matrimonio á las costumbres de su licenciosa vida, y ni las gracias, ni la belleza, ni la juventud de la reina, fueron bastantes á moderar sus antojadizas pasiones. Entre las damas de la reina habia una llamada doña Guiomar, señalada entre las otras por su hermosura. El tomó con ella, como dice su cronista, pendencia de amores, con tan poco recato que faltaba ya abiertamente á las consideraciones que debia á la reina por dedicar todos sus obsequios y galanteos á la

(1) Enriquez del Castillo, Crón. c. 23.

manceba. No pudo aquella un dia tolerar la insultante arrogancia de la dama de su esposo, y tomó la venganza por su mano, asiéndola por el cabello y sacudiéndola y golpeándola fuertemente. Grande enojo recibió el rey de este acto, mas no por eso renunció á unos amores y galanteos que tanto escándalo producian ya: contentóse con separar á doña Guiomar de la reina, trasladándola á dos leguas de Madrid, donde le puso una casa con magnífico y suntuoso menage, y donde iba á menudo á visitarla y «á holgar con ella ⁽¹⁾». El arzobispo de Sevilla no tuvo escrúpulo en adherirse á la causa de la manceba; el marqués de Villena se mantuvo en favor de la reina doña Juana, y á ejemplo de estos dos personajes, aquella corrompida corte se dividió en dos bandos, tomando parte cada cual por una de las dos bellas enemigas.

Tampoco la reina doña Juana tardó en inspirar sospechas de que no era el rey su esposo el que poseia todo su corazon. Su belleza, su juventud, sus modales ligeros y alegres daban alguna ocasion á ello, y el ojo suspicaz de los cortesanos señaló pronto á don Beltran de la Cueva, hijo de los mas generosos de Ubeda, y uno de los mas apuestos y gallardos ca-

(1) Castillo, Cron. ub. sup.—necesitaban ser reformadas; «buen título, dice á esto Mariana, pero Alonso de Palencia confirma esto mismo.—Antes de doña Guiomar mala traza, pues no era para esto habia tenido don Enrique otra á propósito la amiga del rey. A dama llamada doña Catalina de Alonso de Córdoba, su enamorado, hizo el rey cortar la cabeza Sandoval, á quien hizo despues abadesa de un monasterio de monjas en Medina del Campo.» Mar. Hist., en Toledo so color de que estas lib. XXII. c. 2.º

balleros de la corte, que comenzaba á gozar del favor del rey, y de page de lanza habia ascendido á mayordomo mayor, como la persona á quien la reina habia objeto de sus predilecciones. Con motivo de haber enviado el duque de Bretaña á don Enrique una embajada ofreciéndole su alianza y confederacion, quiso el rey agasajar al embajador y ostentar á su presencia el lujo y brillo de su corte, á cuyo efecto dispuso unas magníficas fiestas en la casa de campo del Pardo. Pasáronse cuatro dias en justas, torneos, monterías y espléndidos banquetes. El cuarto dia, para cuando los reyes y la corte regresaban á Madrid, el jóven don Beltran de la Cueva, gran cabalgador de la gineta, gracioso y esmerado en los atavíos de su persona, preparó y tuvo un *paso de armas* cerca de Madrid en el sitio por donde habian de pasar todos los que regresaban del Pardo, donde hoy llamamos la Puerta de Hierro. Los caballeros y gentiles hombres que llevaban damas no podian entrar sin que prometiesen hacer con él seis carreras, y los que no quisiesen justar habian de dejar el guante derecho. En un arco de madera que se habia contruido se pusieron muchas letras de oro perfectamente labradas: el caballero que rompía tres lanzas iba al arco y tomaba la letra inicial del nombre de su dama. Don Beltran de la Cueva defendió solo contra todos y cada uno la belleza sin par de la señora de sus pensamientos, y aunque él no reveló el nombre de su dama, todo el mundo

comprendió que era la reina á quien el caballero habia los honores de su valor y de su brío. Duró esta fiesta desde la mañana hasta la noche, y el rey holgó tanto de este paso de armas, que queriendo honrar su memoria, mandó erigir en aquel sitio un monasterio de la orden de San Gerónimo, que se llamó San Gerónimo *del Paso*: extraño origen por cierto de una fundacion religiosa⁽¹⁾!

Al propio tiempo que asi honraba el rey al que en el concepto del pueblo le hacia ya la mayor de las deshonras, enagenábase la nobleza elevando á las primeras dignidades del reino á personas humildes y desconocidas á quienes sacaba de la nada. Asi habia dado el priorato de San Juan á un don Juan de Valenzuela; el gran maestrazgo de Alcántara á don Go-

(1) Castillo, Cron. c. 24.—Palencia, Cron. M. S. part. I. capítulo 20 y 21.

El monasterio de San Gerónimo que fundó Enrique IV. para perpetuar la memoria del paso de Beltran de la Cueva se hallaba situado en el tránsito ó vado de la otra parte del rio camino del Pardo.

Acabada la fábrica el año 1467 por la Cuaresma vinieron á él siete religiosos del convento de Guadalupe. La primera advocacion del convento fué Santa Maria del Paso; pero en 1465 envió el rey á decir al capítulo general que habia mudado de intento en cuanto al nombre del convento, y queria que se llamara San Gerónimo el Real de Madrid, y el capítulo no pudo menos de obedecer.

Estando situado en un sitio muy

enfermizo, no habia nadie que quisiese tomar el hábito por no poderse habitar la casa sin notable riesgo de la salud y peligro de la vida. Conocido el daño, pidió la orden licencia á los Reyes Católicos para trasladar el convento al sitio en que estuvo hasta nuestros dias: diéronla con facilidad por las razones dichas, y porque entendieron de personas fidedignas que el mismo rey don Enrique tuvo propósito de hacer esta mudanza condolido de las continuas enfermedades que veia padecer á los religiosos. Hizose la traslacion con autoridad de la santidad de Alejandro VI. en 1503, siendo general de la orden fray Pedro de Bejar.—Quintana, Grandezas de Madrid, lib. 3.º cap. 72. pág. 399.

mez de Solís, simple hidalgo de Cáceres; y hecho condestable de Castilla á un don Miguel Lucas, natural de Belmonte. Creía que elevando á estos puestos á gente de baja esfera, tendria con eso servidores mas leales, agradecidos y devotos que los antiguos nobles, y lo que hacia era disgustar á estos y ensoberbecer á aquellos. Pródigo de mercedes con los hidalgos y gente comun, muchos dejaban el servicio de los grandes pasando al del rey con el aliciente de participar de sus liberalidades, lo cual acababa de indisponer contra él la grandeza, que ya trabajaba y conspiraba de secreto contra su soberano. Los dispendios en sueldos, fiestas y espectáculos eran tales, que ya un día su contador mayor y tesorero Diego Arias hubo de hacerle presente lo excesivo de tales gastos, y que no debia dar sueldos á muchos que ni le servian ni lo merecian. «Vos hablais como Diego Arias, le contestó, »é yo tengo de obrar como rey....., y ansi quiero »é mando que dédes de comer, á unos por que me »sirvan, y á otros por que no hurten y mueran des- »honrados..... que por la gracia de Dios que me lo »dió tengo rentas y tesoros para ello grandes.» Mas el resultado de esta ostentosa liberalidad, que su cronista y capellan Castillo ensalza mucho, se vió cuando se encontraron vacías las arcas de aquellos grandes tesoros. Atráfase no obstante con esta prodigalidad mucha parte del pueblo, al paso que se alejaba la nobleza.

Entre los grandes que se ofendian de ver eclipsada su influencia por la elevacion de los nuevos privados, y que comenzaban á intrigar secretamente con otros nobles contra el rey, se contaban los dos mas poderosos personajes de Castilla, á saber, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo. Don Juan Pacheco, antiguo page del condestable don Alvaro de Luna, por cuyo influjo habia entrado al servicio de don Enrique cuando era príncipe, y nombrádole su padre don Juan II. marqués de Villena; este don Juan Pacheco, cuyo valimiento y privanza con don Enrique era como un trasunto del de don Alvaro de Luna con el rey don Juan; alma de todas las rebeliones y de todas las reconciliaciones del hijo con el padre durante diez años, y primer consejero de don Enrique despues de su subida al trono, era un hombre de fecunda imaginacion para inventar intrigas y mover disturbios, y á propósito para seducir con su elocuencia. Ni vengativo, ni violento, pero disimulado y astuto, atento siempre á su interés, pero paciente para esperar su ocasion, imperturbable en los reveses, y bastante sereno para no aventura nunca en una hora lo que le habia costado muchos años adquirir, dulce y afable en su trato, fácil en acomodarse á los tiempos, pero perseverante en sus designios, su política era tanto mas temible, cuanto mas sagaz, aviesa, y torcida (1). Su tio el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo era de un

(1) Pulgar, Claros Varones de España, tit. VII.

carácter diametralmente opuesto al de Villena. Duro, irascible, implacable en sus resentimientos, orgulloso, turbulento y altivo, de aquellos prelados de la edad media que parecían nacidos más para vestir casco que mitra, y más para manejar la acerada espada del guerrero que el pacífico cayado del apóstol, iba más derecha y desembozadamente á sus fines, y su carácter intrépido y fogoso contrastaba con la paciente espera de su sobrino. Sus pensamientos eran más altos que sus fuerzas, y su gran corazón no le dejaba medir las facultades con que ~~contaba para las empresas~~ en que se metía (4).

Sin embargo, ni el de Villena ni el primado rompieron todavía en abierta contradicción con el rey; antes por consejo y maña de don Juan Pacheco quitó el monarca la ciudad de Soria con las villas del infantado y prendió á don Juan de Luna, sobrino de don Alvaro, que las tenía, porque quería el de Villena casar á su hijo con la sucesora y heredera de aquel condado y señorío. Por él castigó y redujo á simple escudero de una lanza á don Alonso Fajardo, adelantado de Murcia, acusado de abusos y excesos como gobernador de aquella frontera.

La paz que don Enrique había concertado en

(4) Hernando del Pulgar, *ibid.* tit. XX. «Este arzobispo, añade Pulgar, dando y gastando en el arte de la alquimia y en buscar mineros y tesoros, pensando alcanzar grandes riquezas para las dar ó distribuir, siempre estaba en continuas necesidades, y sin duda puede creerse que si lo que deseaba tener este prelado respondiera al corazón que tenía, hiciera grandes cosas.»

Agredá con el bullicioso rey don Juan de Navarra su tío, proseguía, y aun fué confirmada en unas vistas que ambos reyes tuvieron después (1457) entre Corella y Alfaro. Conveníale entonces al de Navarra mantener la amistad con el de Castilla á causa de las discordias que aquel monarca traía con el príncipe de Viana su hijo; y con deseo de estrechar más su alianza le proponía el doble casamiento de sus dos hijos doña Leonor y don Fernando con los infantes de Castilla don Alfonso y doña Isabel, hermanos menores del rey, si bien la mano de la princesa Isabel la solicitaba también el príncipe don Carlos de Viana (5). Mas todo mudó de aspecto con la muerte de Alfonso V. de Aragón y de Nápoles (1458). Don Enrique de Castilla perdió con su muerte un aliado, y tan luego como don Juan de Navarra heredó el trono aragonés se olvidó de sus compromisos con don Enrique. Y como hubiese ido tomando cuerpo la sorda conspiración de los grandes de Castilla contra su soberano, de la cual formaba parte el almirante don Fadrique, padre de la reina de Aragón, fuéles fácil á los conjurados magnates hacer entrar en su confederación al rey de Aragón y de Navarra. En esta liga, que se firmó en Tudela (1460), figuraban el arzobispo de Toledo, el almirante don Fadrique, el

(5) Véase lo que sobre estos proyectos y negociaciones matrimoniales dejamos ya dicho en el cap. precedente, Reinado de don Juan II. de Navarra y Aragón.

conde don Enrique su hermano, el marqués de Santillana don Diego Hurtado de Mendoza, hijo de Iñigo, los condes de Alba y de Paredes, el maestre de Calatrava don Pedro Giron, hermano del marqués de Villena, y otros varios nobles y caballeros. Permanecía fiel al rey el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El marqués de Villena, uno de los motores secretos de la liga, tuvo la habilidad de disipar las sospechas del soberano, y aun de arraigarse mas en su privanza, haciendo que se separara de la confederacion el maestre de Calatrava su hermano. Esta conjura fué la que movió a don Enrique á aliarse con el príncipe de Viana, á ofrecerle la mano de su hermana doña Isabel que aquel pretendía, y á favorecer á los catalanes partidarios del príncipe hasta conseguir libertarle de la prision en que le habia puesto su rencoroso y desnaturalizado padre, segun que en el anterior capítulo dejamos espuesto (1461).

Mientras los catalanes con su amado príncipe don Carlos distraian y ocupaban al rey de Aragon dándole harto que hacer por la parte de Cataluña, el rey don Enrique de Castilla invadía la Navarra, se apoderaba de Viana, que no pudo sostener el condestable Mosen Pierres de Peralta que la defendia, y regresaba triunfante á Logroño. Esta invasion no solo habia sido aconsejada por el marqués de Villena, sino que este privado habia hecho de modo que fuese por principal capitán de aquella campaña el maestre de

Calatrava don Pedro Giron su hermano. Merced á la astuta y tortuosa política del de Villena, que poseía el arte de desavenir y concertar á todos segun convenia á sus miras é intereses, no solo volvió al servicio del rey el marqués de Santillana, á quien fué restituida la ciudad y señorío de Guadalajara de que don Enrique le habia despojado, sino que casi todos los de la liga, y hasta el almirante y el arzobispo de Toledo se reconciliaron, al menos en apariencia, con el rey, y se presentaron en Ocaña á hacerle reverencia; don Enrique, ademas de recibirlos con alegría, les prometió honras y mercedes. El arzobispo de Sevilla, que habia quedado de gobernador del reino, y que quiso advertir al rey del mal camino que en aquello llevaba, fué apenas escuchado y de todo punto desatendido. Obra era todo del marqués de Villena, cuya política sagaz y ladina era la de apartar del rey los consejeros leales, y rodearle de los menos adictos, para hacerse en todo tiempo el hombre necesario (1).

Otro príncipe de mas resolucion y energía que don Enrique hubiera podido sacar gran provecho y medro de los sucesos y ocasiones con que la fortuna le brindaba. En la historia del reinado de don Juan II. de Aragon (2) dijimos ya como la desgraciada princesa doña Blanca de Navarra, su primera y repudiada es-

(1) Cron. de Castillo, cap. 28 al 32.—La parte relativa á las negociaciones, guerras y tratos entre Castilla, Cataluña y Navarra, se halla espuesta con mas latitud en los Anales de Aragon, de Zurita, lib. XVII.

(2) Cap. 29.